

DEL ARCO BLANCO, Miguel Ángel, *Cruces de memoria y olvido. Los monumentos a los caídos de la guerra civil española (1936-2019)*

Barcelona, Crítica, 2022, 449 pp.

Glicerio Sánchez Recio

Universidad de Alicante, España
glicerio.sanchez@ua.es

Cómo citar esta reseña: SÁNCHEZ RECIO, Glicerio (2023). Del Arco Blanco, Miguel Ángel, *Cruces de memoria y olvido. Los monumentos a los caídos de la guerra civil española (1936-2019)*. *Pasado y Memoria*, (26), pp. 524-524, <https://doi.org/10.14198/pasado.23554>

Nos hallamos ante una obra elaborada en el marco de la Nueva Historia Cultural, es decir, en la que lo cultural asume un significado antropológico, entendiendo por tal, según el planteamiento de Edgar Morin, todo lo que ha sido creado y producido por la mente humana, desde los más rudimentarios instrumentos de la cultura material hasta las más complejas teorías científicas y las más sofisticadas elaboraciones filosóficas, incluyendo asimismo todo tipo de organizaciones sociales y políticas. Lo cultural, en consecuencia, adquiere un significado tan extenso que en su interior se diluyen las realidades sociales, políticas y económicas a las que la historiografía convencional hasta no hace muchas décadas concedía una entidad de carácter indudable.

El autor del libro considera lo cultural como «el elemento central» de la dictadura franquista, en torno al cual se articularon las instituciones y organizaciones sociales que la apoyaron. «La cultura es “el principio de unidad y coordinación”, el elemento que cohesionó al bando rebelde durante la contienda y en las décadas siguientes» (pp. 36-37). Sin embargo, en contra de lo que pudiera pensar un historiador formado en los años sesenta y setenta del



siglo pasado, que la superestructura había ocupado el lugar que correspondía a la infraestructura, el autor reconoce la función que ejercen «los intereses económicos que cada grupo social pudo tener a la hora de actuar en aquellos días», aunque rebajando la preminencia que se les otorgaba en décadas pasadas (p. 36).

Otro concepto atraviesa todas las páginas de este libro: *el mito de los caídos por Dios y por España*. El mito ocupa el lugar que le correspondería a la ciencia, si hubiera alcanzado el nivel explicativo requerido, o a la evidencia natural o histórica; de ahí la segunda acepción del término (*Oxford Languages and Google*): *Historia imaginaria que altera las verdaderas cualidades de una persona o de una cosa y les da más valor del que tienen en realidad*. Es decir, que el mito apela a la «creencia» o la «fe» ante la falta de evidencia científica o histórica. Esta definición de mito se halla implícita en el título del libro: *Cruces de memoria y olvido*. Una cruz es el símbolo más extendido globalmente para referirse a la fe y a la dimensión ultraterrena de la vida. Pero, trasladado al ámbito de la política, el construir un régimen de dictadura sobre un mito exige una tarea ardua, por tener que explicar lo inexplicable; pero es aún más costoso justificar su larga permanencia y su pretensión de perdurar indefinidamente. El fundamento mítico de la dictadura franquista y la justificación providencial de su permanencia casan de manera muy adecuada con la represión que ejerció el régimen desde el golpe de Estado con el que se impuso hasta su desintegración, una vez muerto el dictador.

El libro se estructura en tres partes que, de manera sintética, se refieren sucesivamente a la construcción de los monumentos (cruces) y a la creación del mito de los caídos; a los significados del mito y a la estética de los monumentos; y a la historia de las cruces desde su implantación por la dictadura franquista hasta la actualidad; de ahí las referencias a las «batallas» por *la memoria y el olvido*. Aunque, a la vez, puede decirse que la elaboración de esta obra se apoya sobre un concienzudo análisis fenomenológico en torno a la copiosa floración de cruces y monumentos como recuerdo y homenaje a «los caídos por Dios y por España» desde pocas semanas después de la fecha en que tuvo lugar el golpe de Estado, en julio de 1936. Análisis fenomenológico que en este caso no cumple con uno de sus requisitos principales: la suspensión del juicio mientras se lleva a cabo el análisis ya que, de haberlo hecho, podrían haber surgido dudas en los lectores sobre la actitud del autor ante el significado histórico de la dictadura franquista.

Al mismo tiempo que se levantaban las primeras cruces y monumentos se precisaba el concepto y la representación de «caídos por Dios y por España». Fórmula en la que se sintetizaban las dos corrientes que desde el estallido

del golpe de Estado se adhirieron a la rebelión militar: los héroes (caídos por España) falangistas, y los héroes y mártires por Dios y la religión, que propaló la jerarquía eclesiástica y que el autor obvia en buena medida. La fórmula «caídos por Dios y por España» es radicalmente excluyente y no se aplica a los «caídos» por la República, considerados como antipatriotas y representación del mal; sin embargo, a pesar de su aparente univocidad, lleva consigo una múltiple significación polisémica.

El autor señala el origen del concepto y representación en las guerras que surgieron en torno a la implantación de los regímenes liberales y la expansión del nacionalismo en Europa, particularmente durante la Primera Guerra Mundial y la época de entreguerras, en donde se entrelaza con la formación de los partidos fascista y nazi, y en este mismo contexto se hallan sus orígenes en España; pero en el «caído por Dios y por España» hay un componente de carácter reaccionario y clerical que estaba ausente en sus afines europeos y que se muestra en plenitud durante la guerra civil y la dictadura franquista.

Pero, aclarados los orígenes del concepto y representación, es preciso tratar de la creación del mito y del lugar que se le otorga en la construcción de la dictadura franquista. El culto a los muertos es un lugar común en las guerras de liberación nacional y en las guerras civiles y, además, genera un sentimiento fácilmente manipulable por quienes detentan el poder para conseguir la aquiescencia de los familiares y amigos. Esta es la razón por la que los golpistas y sus adheridos se apropian de los muertos y del sentimiento que produce su desaparición, con la conformidad y colaboración de sus familiares y amigos, y dando lugar a una descarada competencia entre falangistas y clérigos para conseguir la iniciativa en dicha manipulación. Pero el viaje de no retorno consistió en convertir a los muertos en el fundamento del régimen franquista y considerarlos como la representación auténtica de «la España que renacía», de la que eran un símbolo, según unos, y por la que imploraban ante Dios, según los otros. En consecuencia, la guerra civil se interpretaba como una cruzada entre las dos ciudades: la del Bien y la del Mal; los espacios públicos se llenaron de cruces y, por lo tanto, se convirtieron en sagrados y en altares de la Patria y su ocupación equivalía a un rito de identificación; y los días dedicados al recuerdo de los caídos se incorporaron al calendario de la dictadura. Así pues, se había construido «el mito de los caídos por Dios y por España», al que solo había responder mediante actos de fe y homenaje.

El autor del libro concede una gran importancia a la estética de los monumentos y, dado su significado como símbolo de la «verdadera España», una comisión nombrada al efecto elaboró un canon al que tenía que sujetarse la construcción para ser aprobada. Los materiales habían de ser de piedra para

expresar la nobleza y la duración del monumento y su significado; por lo que habría que prescindir de la madera y en su caso sustituirla. En los monumentos contruidos aparecían unos elementos constantes: la cruz sobre una peana y los nombres de los caídos a los que se rendía el homenaje, y a los que se añadirían en todos los casos el de José Antonio Primo de Rivera que encabezaría la relación y la exclamación ¡presentes!, con la que se cerraría. Dependiendo de los recursos de los que disponían los municipios u organizaciones que solicitaban la construcción de los monumentos, dichos elementos esenciales podrían ir acompañados de muros o arcadas adyacentes, árboles o una zona ajardinada, que contribuían a delimitar el espacio. Por último, el estilo sería sencillo, con reminiscencias clásicas; por lo que algunos lo han denominado «clasicismo imperial» y otros escuetamente «arte fascista». El conjunto monumental de Cuelgamuros –Valle de los Caídos–, al que el autor dedica el capítulo 6.º, es la representación paradigmática de este tipo de monumentos, al que se une el colosalismo de la construcción y de los elementos decorativos para representar el homenaje de la dictadura franquista a «sus caídos», al propio dictador y el régimen a sí mismo. Para expresar con más propiedad el significado de dicho conjunto monumental, baste decir que fue construido con la mano de obra esclavizada de los republicanos vencidos y condenados.

Finalmente, el autor trata de la historia de los monumentos a los caídos y distingue tres etapas: la primera coincide con la duración de la dictadura, dentro de la cual observa otras dos: la primera se extiende hasta los años sesenta, durante los que se construyen y se acude con más frecuencia al mito, alcanzando su mayor expresión en 1959 con la inauguración del Valle de los Caídos. A partir de la década de los sesenta España comienza su proceso de modernización y se aproxima al modo de vivir de los países europeos de su entorno y, a medida que se aleja la guerra civil, se descuida el mito de los caídos. La segunda etapa abarca la transición y las dos primeras décadas de la democracia (1975-2000), durante la cual, en nombre de la concordia entre los españoles los municipios optaron entre retirar los monumentos o reasignarlos para que incluyeran a todos los muertos por la Patria, aunque no han faltado los ayuntamientos recalcitrantes que pretendieron que persistiera el símbolo más extendido del franquismo. Y por último, la tercera etapa (2000-2021), en la que han de destacarse tres acontecimientos muy significativos: la organización de las Asociaciones para la Recuperación de la Memoria Histórica y su actividad reivindicativa, la Ley de la Memoria Histórica de diciembre de 2007 y la próxima en aprobarse, Ley de la Memoria Democrática; es decir, la exhumación de los republicanos asesinados, el reconocimiento personal y moral de los represaliados por la dictadura franquista, la retirada de los

símbolos franquistas y la anulación de las sentencias dictadas por los consejos de guerra y los tribunales ilegítimos franquistas. Lo que el autor sintetiza con la fórmula: «conflictos por la memoria de los caídos y la guerra civil española».

Con estos materiales y estos análisis el profesor Miguel Ángel del Arco Blanco ha construido un libro excelente. Un estudio fenomenológico sin suspensión del juicio mientras lo realizaba. Un trabajo, por fin, en el que al mismo tiempo que analiza el fenómeno cultural del culto a los caídos por Dios y por España, deja al descubierto las falacias sobre las que se construyó el símbolo principal y más emotivo de la dictadura franquista.